

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, julio de 1953

Núm. 1013

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

Lo tuyo y lo mío

CONTABA yo a la sazón nueve años. Hace de esto, por consiguiente... Pero no. ¡Baste saber que hace mucho tiempo!

Entre los criados de mi casa figuraba un honrado matrimonio cuyos servicios hacía casi ilusorios la vejez de los miembros que lo componían; pero que fueron siempre respetados en sus destinos respectivos en gracia a haber formado parte de la servidumbre de mis abuelos, entre la que contrajeron ambos especialísimo mérito, tales como salvar la vida en día de revuelta popular a alguien, no sé a quién de la familia, ocultándole con grave riesgo a la turba desenfadada, y dando a ésta una dirección falsa que la hizo caer en manos de un retén de la milicia vecinal, formada en aquellos calamitosos tiempos para defender personas y cosas en la engañada y ebria turba-revuelta revolucionaria.

Este matrimonio, del cual acabo de decir tanto bueno, tenía un defecto, a medias repartido entre marido y mujer, que le hubiera hecho insoportable a no ser por el recuerdo de los méritos contraídos por ambos, y de que se ha hecho mención.

Para ellos la vida matrimonial era una lucha perpetua; eran lo que se llama dos personas de mal genio, pero de un mal genio verdaderamente excepcional de puro malo.

El asunto más insignificante, la cuestión más baladí era para ambos, no pretexto—se incomodaban con la mejor buena fe del mundo,—de discusión, sino poderosa razón para emprender una polémica a grito herido, de indefinida duración, ya que no terminaba por un acuerdo, sino por agotamiento físico, una ronquera de la mujer, un acceso de tos del esposo... por causa de fuerza mayor, en una palabra.

Pero en esta ocasión la cosa iba de veras. Se trataba de que el viejo, recordando tiempos mejores, había consumido dos terceras partes del frasco de aguardiente de moras que su digna esposa guardaba, para un remedio, en lo alto de una viejísima y carcomida alacena, (la compraron para casarse). El

resultado de la incalificable calaverada lo presumirá el lector. Antonio, que así se llamaba el viejo, estaba alegre, muy alegre. . ¡demasiado alegre!

Interrogóle su mujer, y no negó el hecho. Había bebido, porque lo que hay en España es de los españoles, y lo que había en su casa era suyo, y el que no lo quisiera así que lo dejara.

El estrépito de la discusión, con la que se mezclaban las sonoras carcajadas del alegre viejo, llegaron hasta los pisos inferiores de la casa, que ocupábamos nosotros; y de algunas exclamaciones de la vieja y de las contestaciones incoherentes del marido, se pudo venir en conocimiento de la causa de la pelotera de aquel día. ¡La primera, y eran las diez de la mañana!

Ella.—Eso es... Y de esa manera se acabarán estas disputas. ¡Qué dirán los señores!

El.—¡Qué dirán! Lo que dicen hace mucho tiempo. Que eres insufrible; que hice un disparate en casarme contigo..

Ella.—¿Dicen eso?

El.—No; pero lo debían decir. ¿Y quién sabe si lo dicen? Sobre todo, aquí estoy yo que lo sé, y no me muerdo la lengua.

Ella.—Bueno, pues por eso. Tú a tu casa, yo a la mía. Se acabó. Y si el señor prefiere que se quede alguno aquí...

El.—No serás tú.

Ella.—Pues tú menos.

El.—Bueno; la cosa en caliente. Partamos lo que aquí hay. Venga lo mío y quédate con lo que te toque. Tira de ahí.

Ella.—A escape.

Después de estas palabras, pronunciadas en voz baja, enérgica e incisiva por ambas partes, se oyó el sordo rumor que produce el arrastre de un mueble pesado

Púseme de pie, y pude contemplar por el ojo de la llave que los pobres ancianos, haciendo, sin duda, inauditos esfuerzos, habían colocado en el centro de la habitación un arcón grande, levantado su tapa y tomado asiento en sendas sillas junto al depósito de sus bienes.

Un instante vacilaron. Sin duda, ninguno quería ser el primero en introducir el brazo en las profundidades del arcón; al cabo se decidió ella, y, observando la prenda que pendía de su mano, dijo con cierto aire despreciativo:

—¡Tuyo!—Y la arrojó a un lado.

Era un chaleco rameado y floreado hasta lo inverosímil.

—¡Mío!—dijo luego, repitiendo la operación con una basquiña maravillosa.

Imitóla el marido, y durante algunos minutos sólo se oyeron en aquel cuarto estas dos palabras, repetidas indistintamente por uno o por otro: —¡Mío! ¡Tuyo!—¡Tuyo! ¡Mío!

Y trapos y ropas volaban por el aire para caer luego en dos montones a alguna distancia.

Debo confesar que hasta aquí el espectáculo me pareció cómico en alto grado. Dos figuras que se inclinan alternativamente sobre un arcón abierto, que se mueven con dificultad, que repiten aquel *Mío! Tuyo!... ¡Vamos,* que me costó trabajo contener la risa! Además, a los nueve años necesita uno poco para reírse.

Pero de pronto varió de un modo profundo la expresión del rostro de Antonio. Pintóse en él hondísima pena, e inclinándose pausadamente, como con respeto, al fondo del casi exhausto arcón, sacó de él con temblorosa mano y delicioso gesto un paquete de papel amarillento por la acción de los años, y, abriéndolo con cuidado, expuso su contenido a las miradas de su mujer.

La pobre vieja, no muy colorada de ordinario, se puso como la cera y miró piadosamente lo que le mostraban.

—¿Qué será?—me dije, empujándome

Antonio llevó a sus labios el paquete, y de él salió, empujado por el achuchón cariñoso que allí diera la desdentada boca del viejo, un trozo de tela colgando de unas cintas.

—¡A ver, a ver!—mascullaba yo con curiosidad imposible de describir. Y poníame sobre las puntas de los pies, doloridos ya.

Al fin me enteré, sí; aquel era el famoso escapulario que llevó al cuello en Africa, el día que le mataron, aquel Andrés, hijo de los pobres abuelos, cuyas proezas nos refería Antonio sorbiendo lágrimas, al amor de la lumbre, en las noches eternas del invierno. El escapulario del Carmen, negruzco por

por la sangre seca del pobre Andrés, que dió su vida por la patria lejos de ella, sin besar a su madre... Lo conocía perfectamente: era la reliquia de los viejecitos, que la recibieron con la noticia de la muerte de Andrés en carta que desde Aguarrás (Wad-Rás), como decía Antonio, escribió el subteniente de Andrés a los padres infelices.

Y ahora hete a estas arrugadas personillas a punto de decidir de quién era aquel triste despojo.

—¡Mío!—fué a decir Antonio.

—¡Mío!—intentó exclamar la viejecilla; y cogió el escapulario por un extremo...

—¿Tuyo?—preguntó el marido.

—¿Tuyo?—repitió la mujer.

Yo escuchaba conteniendo el aliento. Había algo en aquella escena tan sugestivo, que por nada del mundo hubiera yo dejado de contemplarla.

Miráronse los viejos en silencio. Por un instante se oyeron sus anhelantes respiraciones.

—¡¡Nuestro!!—gritaron con sus vocerillas de caña rota; y febrilmente, con fuerza que no se hubiera supuesto en ellos, enlazaron sus cuerpecillos encorvados, apretando entre ambos el escapulario, llorando estrepitosamente y repitiendo:

—¡Nuestro, nuestro!..

Un sollozo capaz de ahogar a cualquiera me subió a la garganta, y durante un buen rato, con la frente apoyada en la puerta, sin compasión, a torrentes, lloré hasta desahogar la emoción intensa que me embargaba. Yo creo que si no hubiera podido llorar, me muero.

V. ESPINÓS

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y Jesús de Nazaret continuó:

—Guardaos de los falsos profetas... Por sus frutos los conoceréis. No es buen árbol el que da malos frutos, ni malo el que da buen fruto...

Y continuó señalando a los falsos, a los hipócritas, a los que con vestidos de oveja son lobos rapaces.

Guardaos, pues, de quien con el nombre de cristiano no obra como tal.

Pasaron los siglos, y los hipócritas y fariseos continúan en todas las épocas y en todas las clases sociales.

En estos tiempos que vivimos, en que el Estado español hace públicas demostraciones de fé religiosa, realizando actos oficiales de acendrado catolicismo, es ahora, cuando la hipocresía es más destacada.

Son tiempos fáciles para las actividades religiosas e incluso es de buen tono la ostentación de la fé, en las manifestaciones del culto. Por eso es preciso una mayor atención para saber ciertamente quiénes son los verdaderos hombres de fé católica y quiénes son los que se adaptan oportu-

namente por sus conveniencias privadas o de posición social.

«Por sus frutos los conoceréis», dijo en aquel tiempo, Jesús de Nazaret a sus discípulos fieles, recomendándoles estar alerta. Y hoy también los habremos de reconocer por sus frutos.

No basta cumplir con los actos externos del culto, asistiendo a la Misa más espectacular del domingo, ni asistir a las procesiones con las mejores galas. Todos estos actos hay que complementarlos con una vida privada intachable y obrando católicamente de acuerdo con los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, en las relaciones con los demás hombres, en el trabajo con su personal, en los negocios, en el cumplimiento de las obligaciones y al exigir los derechos al prójimo.

Los Mandamientos de Dios hay que observarlos en todo momento, en todas las actividades del hombre y hasta en nuestro íntimo modo de vivir.

No nos engañemos a nosotros mismos, sujetándonos externamente a unas normas que burlamos después al aplicarlas a la vida práctica.

Además, quien no obra católicamente en todos sus actos y quiere aparentar como tal en las manifestaciones del culto externo, piense bien, en el grave pecado de escándalo que comete y el daño que ocasiona a la religión que dice profesar.

El árbol bueno ha de dar siempre buenos frutos.

Y Jesús de Nazaret terminó diciéndoles:

—No todos los que me dicen: ¡Señor, Señor!—van a entrar en el reino de los cielos.

R.

La fuente de la felicidad

Ya estaba allí el regalo más esperado; acudía a recibirlo toda la casa, desde papá hasta la cocinera, y en todos los ojos se reflejaba la curiosidad y la impaciencia ante aquella gran caja facturada, de una forma rara, *frágil, frágil, frágil* en todas sus caras, dejada cuidadosamente por dos mozos sobre la alfombra de la antesala.

Saltan las maderas, apártanse papeles, lúchase con el embalaje, crece el anhelo.

—¿Qué vendrá aquí? ¿que vendrá?..

Al fin dice sofocada mamá:

—Ayúdame, Ramón, no sé qué es esto, no puedo levantarlo.

—¡Si es un Cristo!—exclaman todos. Sí un crucifijo, un magnífico Cristo agonizante, una soberbia talla en la que palpitan las torturas infinitas del divino moribundo.

—¡Vaya un regalo de boda!—grita papá—ni que te fueras monja.

—Sitio para ese Santo Cristo tan grande no tienes en casa—opone mamá;—sólo para él se necesita una capilla...

—No exageréis, no es tan inmenso... Quizá en el dormitorio estará bien,

—¡Qué miedo!—chilló la cocinera.

—¡Qué gusto de hombre! Regalar eso... Como si no hubiera encontrado cosa mejor o menos aparatosa o más útil... Le he

de poner una carta... y en su monólogo, sale de la estancia papá.

Tras de él se van todos, todos menos Maruja, que pensativa, seria, permanece contemplando su nuevo regalo.

...«Veó desde aquí la cara de extrañeza y tal vez de disgusto que todos habréis puesto ante el obsequio mío.»

Así dice una carta que María ha encontrado en la caja del Cristo.

«Hubierais preferido, no lo niegues, una vajilla de plata, una araña, un bronce artístico, menos aún, un juego de té, un bibelot cualquiera, una de esas infinitas tonterías inútiles que se regalan a los que van a casarse.

Yo te quiero más que todo eso, y mi deseo sería el poner en tu canastilla de boda la felicidad. Ya sabes que de todos vosotros, a quienes siempre he tenido por tan míos, tú has sido mi niña preferida, mi ahijada, la más buena, la más lista, la más juiciosa... ¡Qué! ¿no quieres que siga por ese camino? Bueno, pues, volvamos a lo mío.

Hace treinta y cinco años, ya ves si es viejo lo que voy a contarte, en vísperas de mi boda, subí un día con mi madre a la habitación que iba a ser mía. Lucía y su madre y su hermana nos esperaban allí. Era aquello la última ojeada, el ver si cada cosa estaba en su lugar y si estaba bien y si me gustaba a mí.

Lucía me iba mostrando todo, me guiaba por gabinetes y pasillos, hacía que me fijase en pormenores en los que yo, un hombre, jamás me hubiese fijado.

Además tenía la felicidad demasiado cerca para que mis ojos se desviarán hacia la prosa de la vida, prosa confortable y exquisita si quieres, pero prosa al fin.

—¿Ves?—me decía ella—este sofá lo he puesto aquí porque su tono dice bien con esta luz tamizada... Las cortinas rojas en tu despacho tienen estilo... Aquí, en el comedor, los bodegones de Teniers... Ese es el mejor sitio para los tibores, ¿no te parece?.. ¿Te gustan estas sillas? ¿Qué opinas de esa Virgen de Angélico en nuestro cuarto?..

Y así hasta el infinito.

Mas en el salón—¡horror de los horrores!—en el sitio más visible de él, en preferencia, colgado sobre la tapicería del muro, un grande Crucifijo de marfil y de ébano, desentonaba.

Desentonaba para mí, entiéndelo

¡Ojalá hubiese visto en cualquier rincón del salón una estatua pagana o un Rubens, o siquiera, siquiera, un amorcillo de esos inocentes que se encaraman por los jarrones o juegan entre las guirnalda de los relojes Imperio! Entonces, poniéndome muy grave, le hubiese dicho rogándole que me perdonase la observación:

—Mira, Lucía, esa imagen de Cristo no está bien ahí, desentona en ese marco profano...

Pero no, allí en el salón todo era digno y noble, y atrayente y alegre también.

Aguanté. Me callé. Esperé a después de nuestra boda. Aguardé hasta el regreso de nuestro viaje.

—¿Y eso? ¿qué papel pinta eso en el salón?—le dije una mañana entre bromas y veras.

Los ojos de Lucía se nublaron un poco.

Tal vez fué aquella su primera tristeza de casada.

—Eso—me contestó—hace en el salón el papel que debe hacer, el de dueño de casa, el de amigo querido y agasajado, el de Rey de todas nuestras casas... Si te estorba, quítalo, ponlo en donde quieras, pero no seré yo quien le arrebatase ese sitio.

—Lo quitaré—pensé. Mas sin saber por qué, no me atrevía a ello.

Y fué pasando el tiempo y los años, y nuestro nido resonó con vocecillas de ángeles, hasta cinco—¡pobre Andresillo mío! si él hubiera vivido no se te llevaría ahora el perillán ese de Luis,—y la felicidad se nos entraba por las puertas, cada día más dulce y amable, una felicidad tranquila y plácida, un sosiego de vida como yo jamás lo hubiese soñado.

—Es El—me dijo un día Lucía,—es por El por quien somos felices.

—No entiendo—respondí.

Y tomándome de la mano, me llevó al salón.

—Por El ¿comprendes ahora?—insistió señalándome el Crucifijo.—Desde el principio le dimos posesión de nuestra casa, y El aceptó y nos ha hecho dichosos...

—¿Tú lo crees?—le interrumpí.

—Pues si no fuera por El ¿serían buenos nuestros hijos? ¿serías bueno tú? ¿querría yo ser buena?...

¡Bueno yo! ¿Se burlaba de mí?...

Y siguió pasando el tiempo y los años, y yo sabía ya a quién se debía la paz de mi hogar, y notaba que suavemente, muy suavemente, pero muy invenciblemente también, el Cristo del salón iba tomando su sitio de honor en mi alma...

¿Adivinas ahora, Maruja, el secreto de mi regalo? ¿Verdad que no te va pareciendo tan extraño?

Te he dicho mil veces que es muy grande la dicha que deseo para tí. He estado pensando días y días en cómo podría yo contribuir a esa dicha, y contribuir con algo que fuera al mismo tiempo recuerdo de mi afecto y gala de tu hogar.

Ahí tienes esa gala, ahí tienes la fuente de tu felicidad. Por experiencia sé cuán abundante mana el raudal de sus aguas...»

Y contemplando el magnífico Cristo agonizante, ve Maruja ahora su casa y su salón, y en él—Luis no se opondría a ello—el Crucifijo, dueño del hogar, rey de la familia, marcando con sus brazos extendidos la hora de la bendición y del amor.

J. LE BRUN

CHARLA

—Don Manuel, ¿qué dice usted de esas apariciones de la Virgen de que hablan los periódicos?

—¿A qué apariciones se refiere usted amigo don Francisco, a las de Fátima?

—No. A esas últimas de estos días en ese pueblo asturiano.

—Permitame, que como más viejo, le pregunte yo a usted primero: ¿qué opina usted?

—Pues... sinceramente que se tratará de un embuste bien organizado con fines económicos.

—Luego... ¿usted no cree en ellas?

—De ningún modo. ¿Y usted?

—Yo, mi querido amigo, no tengo elementos de juicio para opinar. Espero, sin prisa, que la Iglesia investigue el caso y decida.

—¿La Iglesia?...

—Sí. Porque la Iglesia es a la que más trabajo cuesta convencer de esas apariciones. Exige mucho para darlas por ciertas. Y si ella, al fin, lo afirma... creo sinceramente que tiene razón y ya no discuto.

—Tiene usted un procedimiento muy cómodo para decidir en cuestiones de milagros.

—El más acertado, creo yo.

—Pero usted... ¿qué le parece de todo eso?

—Pues la verdad, me parece muy fuerte creer en la mala fe de las personas sencillas y mucho más en creerlas capaces de organizar y mantener asuntos tan delicados e importantes.

—¿Entonces, usted cree que puedan ser ciertas?

—No. Yo no afirmo eso. Simplemente me limito a no creer en la mala fé de otros, cuando no tengo motivos para ello.

—Luego usted entonces...

—No saque consecuencias tan rápidamente. Hay que ser sensato en estos casos. Hay estados de ánimo, situaciones extrañas en la fantasía humana, predisposiciones de ciertas personas a ver... imágenes extrañas donde no las hay, originadas de circunstancias especiales... En fin, estados de anomalía que originan esas visiones

—¿Y a usted le parece que este caso puede ser uno de ellos?

—Puede ser... o puede no lo ser.

—¿Sería usted capaz de aceptar alguna probabilidad de milagro en estas apariciones?

—¿Por qué no?

—¿Es posible?...

—Si partimos del principio de aceptar la existencia de Dios, creador del cielo y de la tierra, principio y fin de todas las cosas. Todopoderoso, Rey y Señor de la creación de todo lo humano, y que El nos espera después de la muerte para toda una eternidad... la consecuencia es fácil.

—¿Qué deduce usted?

—Lo dice el sentido común. Quien todo lo ha hecho, incluso las leyes de la naturaleza, bien puede alterarlas por un momento, y dejar ver, a quien le plazca, un rayo de su divinidad.

—Pensando así.

—Es que no hay otro camino. ¡Usted cree en todo esto! Luego para Dios, no creo sea muy difícil provocar una aparición ante la visión de un ser insignificante. Y sobre todo, viendo al leer los Evangelios la inclinación que El tuvo siempre hacia los humildes, los ignorantes, los mansos y sanos de corazón.

—No está mal su argumentación.

—Por eso yo ni creo ni rechazo; pues todo puede ocurrir si Dios lo dispone así.

—Y ante tanto comentario como ha originado este asunto, qué cabe hacer?

—Nada... esperar.

Don Justo

CONFIANZA

Horizontes de tormenta se presentan en la mar. La gente parte contenta, con afán, aunque presenta difícil el retornar.

Y en medio del mar, la barca, valiente como un monarca que hace frente a su adversario, con su airosa quilla, marca un audaz itinerario.

El cielo echa su capota, el oleaje se alborota, del viento el rugir se siente, y sin embargo, la gente parece que no lo nota.

Que lejos, en lontananza, entre las brumas, se ve brillar como una esperanza, la luz de la confianza que es el faro de la fé.

Luz que sostiene en el cielo firme la Virgen del Mar, Santa María del Carmelo, que es faro en el navegar, y es garantía y consuelo.

Por eso, contra aquilón, ellos navegan con calma, que llevan con ilusión a Santa María en el alma y una fé en el corazón.

Hermenegildo Rodríguez

El Gran Capitán

El reino de Nápoles era la causa de las discordias habidas entre los reyes de España y Francia. Su rey, don Fadrique, se alió con los turcos para defender Nápoles de los ataques de los franceses, pero tal determinación provocó ira entre los españoles que tan generosamente habían derramado su sangre por la defensa de ese reino, y como estuvieran recelosos mutuamente los reyes Fernando el Católico y Luis XII, aunáronse para repartirse el reino de Nápoles.

Los franceses llegaron a Capua, y el Gran Capitán, al mando de un ejército español y veneciano, arrebató a los turcos Cefalonia, después de cincuenta y cuatro días de lucha. Pero no se hicieron esperar las discordias por el reparto del reino entre los españoles y franceses, teniéndose que retirar don Gonzalo de Córdoba con escasas fuerzas a Barletta. El duque de Nemours atacó la ciudad sin fruto, dada la resistencia de los españoles, y viendo la imposibilidad de tomarla por las armas, retó al Gran Capitán a campo libre, pero don Gonzalo de Córdoba le contestó que él se batía cuando y donde le parecía bien.

Las discordias y desavenencias entre los soberanos de España y Francia seguían, y cuando ya parecía que se iba a concertar un tratado de paz, fruto del archiduque de Austria, don Felipe, yerno de don Fer-

nando el Católico, el rey, buen político, no viendo claros los proyectos de su yerno, envió instrucciones al Gran Capitán para que no diese obediencia a ninguna orden de don Felipe. Don Gonzalo de Córdoba abandonó Barletta dispuesto a reanudar la conquista de Nápoles. Llegó a Ceriñola y dispuso sus trece cañones en un foso; detrás formó al escaso ejército en orden de batalla, y en seguida, el de Nemours comenzó el ataque tan deseado contra los españoles. Imposible describir la bravura con que combatían los españoles ante el furioso ataque de los franceses. El Gran Capitán arengaba a sus tropas con la voz y el ejemplo, desplegando todas sus energías en una desigual lucha en que llevaba las de perder. Y para colmo de las desgracias se quemó el polvorín, cosa que desalentó a los soldados, sintiendo ya próximo el fin, pero el Gran Capitán, viendo que el de Nemours había caído en la refriega, animó a sus tropas, y con voz ronca les gritó entre las llamas y explosiones de la pólvora: «¡Animo, son las luminarias de la victoria!» Y al frente de todos, con impetuoso brío dió la carga, desbandando al enemigo, que se retiró del campo en franca huída. Tal fué la batalla de Ceriñola, única entre las únicas, siendo el eslabón de una larga cadena de victorias hasta la toma de Nápoles, en la que el Gran Capitán hizo su entrada bajo palio sobre brioso corcel ricamente engalanado, desfilando por las calles sembradas de flores y ante una multitud que no cesaba de aclamarle, admirando al soberbio guerrero que había sabido abatir con su propio esfuerzo el gran poder de Francia.

Comentando

Vestuario veraniego

Yo no acabo de explicarme algunas cosas de la vida moderna. Muchos que me conocen me dicen que esto es debido a que yo nací en la Edad Media. Yo no sé si será verdad esto, pero si así fuese, me alegraría de ello, porque se me figura que en aquella venturosa edad, había más sentido común que ahora en esta época de supercivilización. Lo malo del caso es que, si nací antes, se me obliga a vivir ahora, y claro, estoy un poco descentrado. Confieso mi pecado, pero no me arrepiento de él. Y es que ocurren cosas tan absurdas, que solo una inteligencia super superior y superdotadísima de estos tiempos puede comprender.

Una de las cosas que no comprendo, es el atuendo de las gentes. Echamos pestes contra los extranjeros, y les copiamos todo lo malo. El pecado no es español. Todos sabemos nuestras ancestrales costumbres, cuando vemos una cosa abusiva se la achacamos al extranjero. Pero después la copiamos nosotros. Esto será muy siglo XX, pero es muy poco español. Nuestra originalidad va desapareciendo, nos vamos americanizando. ¡Nosotros que descubrimos América, copiamos de nuestros hijos! ¡Qué chicos tan listos hemos tenido, que hoy dan lecciones a su madre!

Pero una de estas lecciones es amarga por lo ridícula. Los vestidos y trajes de verano que nos envían nuestras hijas americanas, nos los ponemos nosotros y no nos van. Pero nos lo ponemos para no despreciar el regalito de nuestras hijas. Y así salen a la calle con camisas de cuadros y de dibujos. El otro día por delante de

mi ventana, como reza el cantar, pasó una señora con sus seis hijos. Ella y ellos, vestiditos muy monos con sus rayaduras de camisa. Un amigo que me acompañaba y que nunca tal cosa había visto, me llamó y me dijo:—¡Hombre, mira por dónde va una familia disfrazada de mantelería!

Y me contó que en la pensión donde se hospeda, durante nuestras fiestas, viven accidentalmente una mamá y una niña de diez y ocho marzos, (¿por qué siempre se ha de decir abril?...) muy agusto con estas estafalarias modas. Ella, la niña, gusta de vestir blusitas de imitación a periódicos. Está muy mona ortográficamente. Según mi aludido amigo, el otro día le oyó pedir a su mamá una blusa limpia, y oyó cómo su mamá, mejor que cualquiera otra sirvienta, se la entregaba. Ya se daba el asunto por terminado, cuando la voz airada de la niña se dejó oír de nuevo: ¡Mamá: Tráeme otra blusa, que esta ya me la leí!

Seamos formales, señores. Si queremos copiar a los extranjeros, ¿por qué no les copiamos lo bueno? ¿No nos bastan para nosotros, y nos sobran para repartir con los demás, nuestros defectos? Pues ¿a qué aumentarlos importando los que en nuestro exterior fabrican en serie?

Que no digan de nosotros lo que nosotros decimos de ellos.

Hero

César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Arbués

Materiales de CONSTRUCCION
Planchas onduladas

Tubos, Depósitos, etc.

Covadonga, 27 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)